



JORGE COSCIA

EL BOMBARDEO

novela

SUDAMERICANA

Jorge Coscia

El bombardeo

Sudamericana

A Pilar, mi madre

*Si hubiéramos repudiado el bombardeo
[del 16 de junio de 1955],
quizá no hubiéramos llegado al golpe de 1976.*

ESTELA DE CARLOTTO

El Guernica no lo hice yo, lo hicieron ustedes.

PABLO PICASSO (dicho a los nazis que allanaron
su casa de París, en 1940, a la vista de su obra)

NOTA PRELIMINAR

La masacre del 16 de junio de 1955 tiene una continuidad política y en sus componentes personales, continuidad que serpentea por un camino plagado de sangre de mártires populares y tiene su gran desemboque criminal el 24 de marzo de 1976.

EDUARDO LUIS DUHALDE

Coincidiendo con esta primera edición se cumplirán sesenta años del tema central que motiva la novela: el bombardeo a una ciudad abierta, por aviadores navales y de la Fuerza Aérea Argentina, que costó la vida a 400 personas y heridas a más de mil. Con la elección de la ficción histórica como género, retomo el camino iniciado con *Juan y Eva*, intentando la aproximación a quienes protagonizaron de modos diferentes, antagónicos, intencionales o casuales, la sangrienta jornada.

Es innegable que ambas novelas refieren a extremos opuestos de un mismo drama.

En la presente, el bombardeo actúa como la contracara de aquel "big bang" amoroso del primer peronismo. En esta, lo explosivo deja de ser metáfora y se corporiza en una realidad, que la mera enumeración de víctimas y consecuencias congela hasta la insensibilidad. Si el romance entre Perón y Evita fue el prólogo del peronismo, el bombardeo fue el anticipo de su derrocamiento.

Fueron varios los invitados al programa *Puerto Cultura* que mencionaron alguna relación directa e indirecta con el episodio. Entre ellos, destaco al granadero clase 1934 Diego Ignacio Bermúdez Ló-

pez, a Horacio Verbitsky, a Estela de Carlotto y a Luis Landriscina, cuyo hermano mayor, Pascual, murió en la jornada mientras iba a tramitar un crédito del Banco Industrial para su carpintería. Todo un símbolo doloroso de lo que se pretendió destruir en la jornada.

La ficción se nutre de fuentes históricas, algunas de ellas increíbles al punto de parecer fruto de una morbosa imaginación. Los verdaderos protagonistas conviven con otros ficcionales, aunque siempre inspirados por la realidad. En este último caso he modificado los nombres. Los comentarios finales intentan referenciar *El bombardeo* con hechos posteriores de nuestra Historia.

Las fuentes incluyen la casi la totalidad de escritos, documentos, prensa, archivos, narración oral y filmica existente sobre el tema, por lo que omito nombrarlos en su totalidad. Destaco en especial las memorias del general Franklin Lucero (*El precio de la lealtad*) y las de su antagonista en la jornada, el almirante Aníbal Olivieri, ministro de Marina sublevado (*Dos veces rebelde*). También a Norberto Galasso, en su reportaje al padre Hernán Benítez (*Yo fui el confesor de Eva Perón*). El libro del mencionado granadero Bermúdez (*Adelante granaderos*), que nos permite recordar a los nueve granaderos caídos el 16 de junio defendiendo la Constitución. Un documento digno de destacar es el realizado por el Archivo Nacional de la Memoria en 2010 ("Bombardeo del 16 de junio de 1955"), con prólogo del entonces secretario de Derechos Humanos, el doctor Eduardo Luis Duhalde, a quien rindo homenaje con el epígrafe de esta nota. Necesarios son, para quien quiera profundizar sobre el tema, los libros de Gonzalo L. Chaves (*La masacre de Plaza de Mayo*), de Daniel Cichero (*Bombas sobre Buenos Aires*) y de Pedro Victorio Bevilacqua (*Hay que matar a Perón*). Para los que quieran encuadrar los hechos en un contexto más amplio, nunca dejaré de recomendar *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* de Jorge Abelardo Ramos, la biografía de Perón de Norberto Galasso y los escritos de Enrique Pavón Pereyra, el más consecuente biógrafo de Perón. Sus tres tomos de fascículos "Perón, el hombre del destino" me ayudaron a adentrarme en el subsuelo del Ministerio de Ejército, donde el

entonces presidente aguantó los bombazos junto con un reducido grupo de funcionarios y de anónimos soldados, mate cocido mediante y fumándose un "criollito".

Las fuentes orales se remontan a mi niñez, cuando mi tío Tití, periodista y locutor de Radio El Mundo, me contó su experiencia en la Plaza y en la Casa Rosada, bajo el fuego de los sublevados. Volvió a relatar los hechos durante años y yo lo dejaba hacer, confirmando que siempre se repetían las mismas circunstancias, reafirmando así su veracidad. La mujer que, con una pierna mutilada, permanecía sentada y resignada en la Plaza, la "vi" primero en el relato de Tití, para luego encontrarla tal cual me fue descrita en una foto en Internet. La coincidencia entre ambas me permitió escuchar su voz, relatada por mi tío: *¿Que podés hacer por mí, hermano?*

Me alienta pensar que algo hizo por ella al traérmela en su relato para hacerla renacer como heroína trágica en la novela.

Debo agradecer, además, la paciente y rigurosa corrección de María José Verna, quien también contribuyó en la investigación histórica y la transcripción de Sofía Arruguete.

Como en todos mis emprendimientos de los últimos años, la amistad y el acompañamiento de Patricia Valdez y Fabián Blanco y el respaldo de la editorial, en las personas de Javier López Llovet y Glenda Vieites. En los meses de un tiempo en que descubrí a los más solidarios amigos, la compañía de José "Pepe" Albistur, Fernando "Chino" Navarro, Víctor Bassuk, Marcelo Altmark, Alejandra Castiglioni, Jorge "Topo" Devoto, Renato Miari, Julio Fernández Baraibar, repito: Julio Fernández Baraibar y Juan Carlos "Tano" Biani, fiel custodio de la salud de tantos compañeros. Todos ellos compartieron mis obsesiones sobre el tema y me alentaron a escribir.

Una mención especial: el amoroso e "implacable" asesoramiento literario e histórico de Sabrina Saidj, cuyos conocimientos sobre la historia del peronismo son, además de rigurosos, sorprendentes, teniendo en cuenta su nacionalidad francesa (cuántos argentinos, "propios y extraños", que afirman referenciarse en el peronismo, ignoran casi todo sobre su historia).

Con alegría doy la bienvenida a mi hija Paloma, que dejó de ser testigo involuntario de mis aventuras narrativas, para ser el último año mi más joven crítica y lectora.

Me anima aportar, con *El bombardeo*, a la memoria de un hecho que intentó enmascararse precisamente porque su magnitud da la medida del odio y la salvaje imprudencia que son capaces de desplegar quienes no pueden imponer en las urnas sus designios.

JORGE COSCIA
Junio de 2015

NO MATEN A UN GENERAL PRÓLOGO EN SEIS ACTOS

Estimado General Vergara Ruzo:

Tal como le comenté personalmente, le hago llegar este trabajo, que intenta ser un aporte sobre hechos no demasiado revelados por nuestra historiografía.

Sé que por sus ocupaciones, no ha podido concederme un tiempito alrededor de una botella de vino riojano (mi tierra y la de algunos protagonistas de estas líneas).

Usted es un vecino de Catamarca, y ambos somos provincianos anclados en esta inmensa Buenos Aires.

Soy tan solo un jubilado de nuestra Flota Mercante, “un gaucho convocado al timón”, aficionado a la Historia, y usted, un hombre de armas, dedicado a ordenar la compleja maquinaria de un ejército moderno.

Como decía un general francés, cuyo nombre he olvidado: “Nada desorganiza más a un ejército que la guerra”.

Le dejo entonces mi trabajo; es solo un borrador del libro que estoy preparando sobre temas de historia militar.

Se preguntará qué extraño interés me ha llevado a reflexionar sobre el máximo grado militar y la muerte, en estos tiempos también revueltos, en los que, por otra parte, tenemos un Presidente que porta las mismas jinetas de los que motivaron mi investigación.

Espero no aburrirlo con estas reflexiones de un hombre al que las canas le han dado tanto conocimiento como los viajes.

Sabrás entonces disculparme; por ser usted el único general al que he accedido y que he tratado, es a quien hago llegar esta investigación sobre el modo en que la violencia política ha ensangrentado

los máximos galones de la Patria. Espero por ello, con confesa impaciencia, tenga a bien transmitirme su sincera opinión sobre mis papeles.

Sin más y con mis mejores deseos.

FERMÍN RAMOS

Vecino y un servidor

Buenos Aires, 15 de enero de 1955

APUNTES PARA LA HISTORIA DEL EJÉRCITO ARGENTINO

por F. Ramos

Los generales muertos en las luchas civiles argentinas

I

El primer general argentino muerto por heridas recibidas en combate fue Martín Miguel de Güemes. El salteño había sido nombrado por San Martín en junio de 1820 general en jefe del Ejército de Observación. Había llevado adelante una guerra sin cuartel contra las tropas españolas que intentaban invadir desde el Alto Perú las actuales provincias argentinas de Salta y Jujuy. La resistencia de Güemes y de otros comandantes guerrilleros del Alto Perú (hoy Bolivia) permitió a San Martín atacar por mar el corazón del Imperio español en América del Sur: el Virreinato del Perú.

Cierto es que Güemes es más recordado como jefe de una desordenada montonera que como lo que realmente fue: un político en armas.

Gobernador de Salta, llevó adelante una guerra total, y conformó su fuerza como una milicia popular. Batalló con sus gauchos y ejerció el poder en consecuencia, irritando por eso a las oligarquías criollas, privilegiadas durante el virreinato y descontentas con esa lucha revolucionaria que les expropiaba bienes y propiedades. Esa

clase sin patria enfrentó entonces a Güemes y se alió al general Pedro de Olañeta, jefe de las fuerzas realistas.

Mercieron los salteños traidores el mote de godos, como se les decía a los españoles. Con el respaldo de su servil Cabildo, esta elite logró la destitución del general Güemes.

En mayo de 1821, Güemes recuperó la ciudad de Salta. La "gente decente" no dudó en convertirse en el "Caballo de Troya" que facilitó la invasión de Olañeta y la caída de Salta en manos enemigas. En ese combate fue herido Güemes, que murió diez días después en brazos de sus gauchos. La lucha de la Independencia se entrecruzaba para entonces con las guerras internas y civiles marcadas siempre por el signo de lo social y el combate contra entrecruzadas hegemonías.

Por eso, no sería Güemes el último general muerto en el doble juego de la traición y la violencia.

II

Cerca de esos días en que murió Güemes, el embalsamador Manuel Rodríguez pasó la siguiente factura:

Por 12 pesos de espíritu de vino rectificado. Más 10 pesos de ídem alcanforado. Por 20 pesos de mi trabajo personal, por las operaciones que he ejecutado con la expresada cabeza, como son, la del trépano y demás cirúrgicas (sic), cuyo valor es sumamente ínfimo como lo decantará cualesquiera facultativo en el dicho ramo. Importe pesos cuarenta y dos.

La cabeza mencionada por el embalsamador pertenecía al general Francisco Ramírez, conocido como el "Supremo Entrerriano". Fue asesinado de un pistoletazo y decapitado por una partida de gauchos que respondían a quien había sido su aliado santafecino, el

brigadier general Estanislao López. Juntos, habían derrotado en 1820 a las tropas porteñas en la batalla de Cepeda.

Juntos también habían vencido al general José Gervasio Artigas, su mentor e inspirador de las luchas por el federalismo, obligándolo a un exilio definitivo en el Paraguay.

La riqueza de la ciudad puerto de Buenos Aires pudo más que la justa causa federal de los vencedores de Cepeda. Con astucia los porteños remontaron esa derrota y dividieron a los aliados Ramírez y López con maniobras en las que no fue ajeno el entonces rico estanciero bonaerense Juan Manuel de Rosas. Miles de cabezas de ganado fueron el pago a Estanislao López para que no consolidara la victoria de Cepeda. La causa federal, corrompida con reses y dinero, tendría así su propia guerra interna, que se sumaba a las luchas civiles, cuando todavía las fuerzas de Bolívar y San Martín intentaban expulsar a los realistas del Perú. Ramírez había querido librar una doble guerra contra los portugueses, que ocupaban la Banda Oriental, y contra Buenos Aires, que miraba para otro lado y temía más a los caudillos del Litoral que a los lusitanos. El resultado fue un rápido desgaste de sus fuerzas, que lo llevaron a la retirada, acompañado de su mítica mujer, a quien llamaban La Delfina.

En San Francisco del Chañar, Pancho Ramírez fue rodeado por una partida de cordobeses, al mando del caudillo Juan Bautista Bustos, aliado de López. Enterado Ramírez de que la Delfina había caído en manos de sus enemigos, dio la vuelta para rescatarla; romántica decisión que pagó con su vida.

La Delfina vivió para contarlo, lo mismo que su lugarteniente oriental, Anacleto Medina, testigo de los hechos, que aunque analfabeto, llegó a general, en las interminables luchas civiles uruguayas. El iletrado comandante Anacleto dictó a su secretario, décadas después de aquellos hechos, las vicisitudes de la muerte de Ramírez:

En ese momento salieron de entre los palmares dos fuertes divisiones, las cuales se interpusieron y me cortaron de modo que me

impidieron la incorporación al general... Entre tanto yo no podía saber cuál había sido la suerte del general, cuando se me presentó un soldado de su escolta, y acercándose a mí, me dijo: "Comandante, póngase a la cabeza de la fuerza, que a nuestro general lo han muerto", enseguida aparecen cuatro soldados más de los nuestros, que traían a la mujer que acompañaba al general, a la que habían salvado de entre los enemigos.

Reiteraciones del destino, el narrador de la muerte del Supremo Entrerriano Ramírez, don Anacleto Medina, de origen guaraní, nacido en las misiones jesuíticas orientales, veterano de las luchas artiguistas, murió también en combate con el máximo rango militar de general. El 17 de julio de 1871 tenía 83 años y, casi ciego, montaba a caballo como segundo jefe del ejército del partido Blanco que comandaba el general Timoteo Aparicio.

Anacleto Medina estaba tan deteriorado por la vejez, que se le caían los párpados. Usaba por ello, unos palitos para sostenerlos. En el campo de Manantiales de San Juan, cerca de la ciudad de Colonia, en Uruguay, ya definida adversamente la batalla, no vio que se aproximaba una partida enemiga, por habersele caído los palillos.

—¡Dispare, general, que el enemigo está encima! —le advirtió su ayudante, un muchacho de nombre Viana.

—¡El general Medina no dispara, jovencito! —fue su respuesta.

Es probable que llevara tiempo envidiando la muerte épica de aquel otro, su general Ramírez. Le bolearon el caballo y, a poco de liarlo, cayeron sobre él los lanceros del gobierno del presidente colorado Lorenzo Batlle, abuelo del actual presidente uruguayo Luis Batlle Berres.

Luego de muerto el general Anacleto Medina, mutilaron y descuartizaron su cadáver. Esto ocurrió cincuenta años después de la muerte de su jefe, Pancho Ramírez, prueba de la larga persistencia de las luchas civiles que comenzaron a poco de iniciada la guerra por la Independencia. Murió también en el combate de Manantiales

el leal secretario y escriba de Medina, Gerónimo Machado. ¿Habrá presentido Machado, cuando escribía los hechos del final de Pancho Ramírez, que su jefe le dictaba los trazos de su propia muerte?

III

Siguió a Güemes y a Ramírez en sus trágicos destinos de muerte violenta el general Facundo Quiroga, asesinado en la provincia de Córdoba, en el paraje de Barranca Yaco, en una emboscada llevada adelante por el capitán José Santos Pérez, brazo ejecutor de los caudillos José Vicente y Guillermo Reynafé. No eran godos sus asesinos, ni partidarios del bando unitario. Expresaban las rencillas entre federales que continuaban en aquel año 1835, en que Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, imponía su ordenada visión de estanciero para el proyecto federal.

El 16 de febrero de 1835, no hubo un combate en Barranca Yaco, sino una emboscada anunciada que Facundo desestimó, convencido de que ante una mirada suya nadie se atrevería a enfrentarlo. No en vano merecía el apodo de "Tigre de los Llanos", y sus soldados, el de "capiangos", las criaturas infernales de la "Salamanca", mitad felinos, mitad humanos.

La traición volvió a ser eficaz. Al llegar los jinetes conducidos por el capitán cordobés Santos Pérez, Quiroga se asomó al carruaje preguntando: "¿Quién manda esta partida?".

La respuesta fue un tiro en el ojo que se completó con el tradicional degüello al que eran afectos los criollos. Quiroga alcanzó a gritar "¡No maten a un general!", en el improbable instante entre sus dos heridas mortales o tal vez antes, como si las jinetas fueran una coraza contra el atentado. Al enterarse, Rosas escribió con exaltada prosa: "Miserables, ya lo verán: Ahora el sacudimiento será espantoso y la sangre argentina correrá en porciones", por lo que se po-